

SUPLEMENTO FEMENINO

DE

EL BIEN PÚBLICO

Año VII

Mahón 29 de Octubre de 1931

Núm. 444

EL REFLEJO DEL ALMA

Aspiramos a la felicidad; la deseamos sin cesar, es el objeto de nuestros anhelos y trabajamos para alcanzarla. Si la hemos hallado y la perdemos, nos lamentamos constantemente de su pérdida y sentimos verdaderamente no poseerla ya.

Ser feliz representa a nuestros ojos, el estado ideal en el que es necesario colocarse a toda costa. Cuando nuestros esfuerzos para lograrlo resultan inútiles, acusamos al destino de crueldad, acusamos también del fracaso a la malignidad de los hombres y casi nunca pensamos en acusarnos a nosotros mismos. Existen, sin duda, circunstancias enojosas que se oponen a nuestra dicha; ocurre también algunas veces, que nuestros propios semejantes se levantan contra ella y malogran nuestras alegrías; pero no se debe olvidar que cada uno de nosotros constituye un factor importante y primordial en la obra de nuestro bienestar. Mucha gente es desgraciada por desconocer esta verdad y esperar pasivamente de los acontecimientos o del prójimo un curso favorable que les falla a cada paso, y entonces hacen responsable al universo entero de las desdichas, cuyos únicos autores son, con frecuencia, ellos mismos.

Tenemos a nuestro alcance gran multitud de medios para mejorar nuestra existencia, para atraer los corazones, para que tengan éxito nuestras empresas, para inspirar confianza y cariño a nuestro alrededor, en una palabra, mil medios de preparar, obtener y conservar nuestra dicha. Un examen serio y reposado nos lleva a convenir, de buena fe, en que ejercemos personalmente un preponderante influencia en la orientación de nuestra vida.

Limitemos hoy nuestro estudio a considerar el vínculo que enlaza nuestra felicidad personal con nuestro estado psicológico.

Vemos la realidad a través de nosotros mismos y cuando nuestra vida psicológica es intensa, variada, rica generosa y noble, descubrimos en esa realidad una fuente de alegría que no es dado vislumbrar a aquellos cuya vida psicológica es pobre.

Hemos tenido también ocasión de comprobar, muchas veces, que los juicios anunciados acerca de un mismo hecho difieren, como los individuos que los enuncian difieren también entre sí; el más severo no es siempre el más íntegro y a menudo observamos una gran indulgencia en personas completamente incapaces de cometer las falas que tan caritativamente excusan; es decir: nuestras cualidades y defectos modifican nuestras opiniones.

Asimismo, las nociones que adquirimos con el espíritu dependen del estado del mismo, porque impone este estado a todo cuanto considera. Al observar el universo, no lo hacemos en su verdadero aspecto, sino desde el punto de vista que nos es más familiar por comprenderlo mejor así.

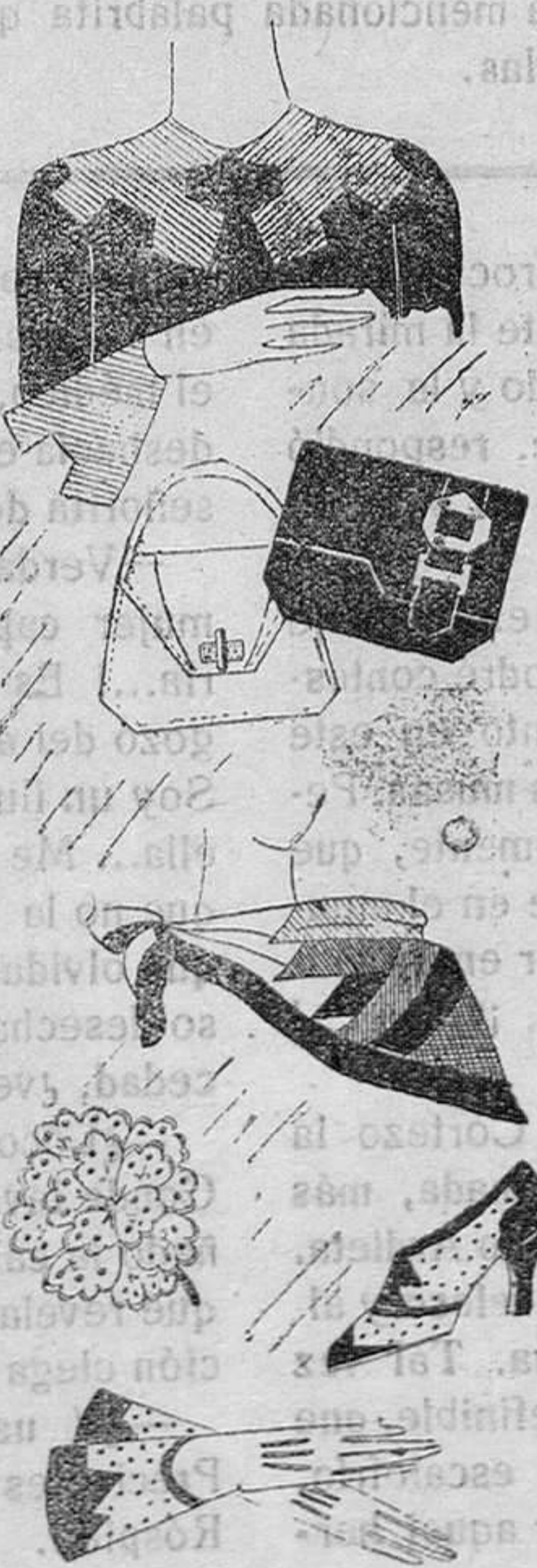
Y cuando pretendemos apreciar el valor de nuestros hermanos, ¿lo hacemos según su grandeza o su pequeñez real? No, sino según nuestra medida. Les atribuimos intenciones que hubiéramos tenido en su lugar, les suponemos capaces de designios que nos tentarían si estuviésemos en su situación, adivinando no lo que en ellos se encuentra, sino lo que en nuestra inteligencia o en nuestro corazón se encontraría, si ocupásemos su puesto.

Somos, pues, en gran parte responsables de las reacciones producidas en nuestra alma por ese mundo que hacemos a nuestra imagen; muchas penas y alegrías que parecen venir por completo del exterior tienen sus raíces en nuestro yo, el cual los refleja de tal modo que creemos descubrirlos fuera de nosotros mismos.

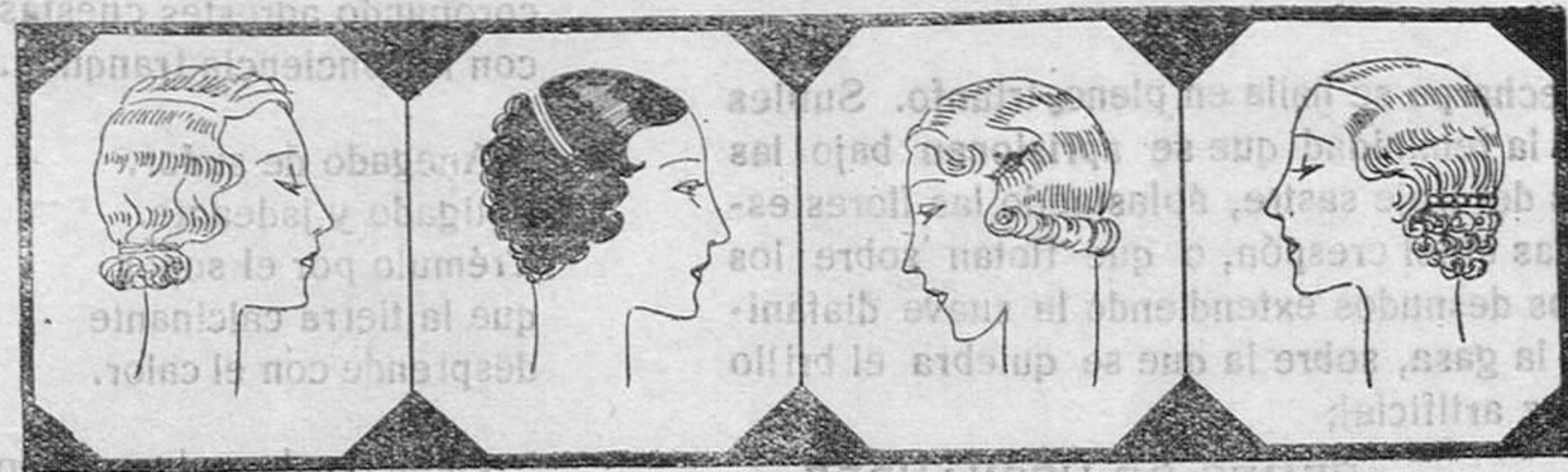
Somos demasiado lógicos y estamos demasiado acostumbrados a racionar para no comprender, antes de ser formulada, la conclusión que se impone: nuestra felicidad depende, a lo menos parcialmente, de nuestro valor moral y donde creemos encontrar un favor o un contratiempo de la suerte, hallamos, en realidad una justa recompensa o un merecido castigo a nuestra conducta.

Esta seguridad alienta a los que sufren de la austeridad del trabajo para la perfección; se hallan inclinados a confundir su buena voluntad de enmienda con una especie de abdicación de la felicidad, porque la lucha contra sus defectos les priva de algunas satisfacciones. Su labor moral presente es penosa, pero puede iluminarse legítimamente con la esperanza de alcanzar una hermosura de alma que les asegurará ulteriores e incomparables felicidades.

LISETA



Cuello y puños de orgando blanco—Cartera de piel de cabrito muy fina—Cartera de piel gamuza gris—Pañuelo de crepe georgette de tres tonos de azul—Flor para el traje sastre—Zapato de charol y satín—Guantes de piel de cabrito y aplicaciones haciendo juego con el vestido.



Alg unos peinados muy a la moda

La Moda en París

(Servicio del CONSORTIUM DE PRENSA)

París, Octubre de 1931.

En estos momentos no se ven ya exageraciones de líneas, puesto que todo está basado en una claridad precisa y sencilla a un tiempo. La silueta se apoya graciosamente, sin que la cintura oprima demasiado el talle, lo cual constituye un punto muy ventajoso para los abrigos sin cierre o cruza los con una o dos filas de botones. El cuello de piel se levanta en la nuca, los bordes son más redondeados que nunca y encuadra perfectamente el rostro, haciendo destacar el cutis.

En cuanto a las telas podemos anticipar que se llevarán muchos moteados, cuadros más o menos grandes, hermosos tweedes tejidos en diagonal y muchos tejidos de alta fantasía extraordinariamente suaves.

Estos tejidos son negros, grises, blancos, aparte de que también hay una hermosa gama de tonos pardos. Se llevarán bastante los trajes provistos de largos cuellos-challes de piel muy elegantes. Para la hora del te esos trajes serán de terciopelo, más para el paseo serán de tweed. Los *empiècements* de los cuerpos y de las caderas, los bieses, los pliegues *cloches*, todo eso da a los trajes los más variados aspectos. Los cuellos y las vueltas de las mangas son cada día trabajados con mayor finura. Se hacen de piqué, de muselina de las Indias para los trajes que no visten mucho, y de georgette para los trajes elegantes de tarde muy interesantes por su corte y siempre muy ensanchados por la parte inferior. Los pliegues griegos y las mangas originales están a la orden del día. Las faldas al ras del suelo quedan reservadas para los trajes de noche, cuando la georgette, el chiffon y las telas suntuosas vienen a reemplazar las lanillas y los crespones de seda.

Podemos anticipar ya que la moda de invierno acentuará la modificación de la silueta, alargando las piernas y disminuyendo el busto. Este efecto se logra mediante el talle alto y combado, el pecho desarrollado y modelado, formando contraste con las caderas enfundadas hasta media

pierna, en tanto que continuarán por las rodillas con una anchura bastante considerable del bajo de la falda, ya sea por medio de godets o bien gracias a unos volantes que se desarrollarán con los movimientos propios de la marcha.

Vamos a dar cuenta de los detalles que en estos momentos se advierten en las toilettes de las mujeres elegantes

Para calle, para los quehaceres de la mañana, un abrigo de lanita grueso, un echarpe y un manguito pequeño de piel de pelo corto.

Para los ejercicios deportivos siempre un sombrero *cloche* de fieltro, de copa cuadrada y bordes levantados por un lado y de ancho igual en todo el contorno de la cabeza.

Para tarde un gorrito de terciopelo tan pequeño y ajustado como los del pasado invierno, pero puesto de un modo distinto, o sea inclinado sobre uno de los ojos y dejando al descubierto la nuca.

Siguen llevándose todavía muchas chaquetas de color opuesto al del traje, de lainage y de telas con rayas diagonales y adornadas (por medio de un plastrón incrustado de pieles de pelo corto, como *breitschwantz* o *caracul*).

Y para finalizar este artículo vamos a dar unos cuantos consejos o indicaciones si parece mejor, acerca de la próxima temporada de otoño.

El traje sastre de invierno es una de las nuevas fantasías de las colecciones y creemos que se verán en invierno muchos de estos trajes de buen abrigo, que serán un intermedio entre el traje sastre del verano y el abrigo de pieles.

Sigue gozando de favor el trajecito de lanita, sencillo y lindo que responde a los gustos de la mujer moderna. Parece que este invierno privarán los conjuntos de color.

Ha hecho su reaparición el encaje hecho a mano, que ya es muy buscado puesto que se le da el valor que realmente tiene. Los recuerdos de 1900 nos traen los *guipures* que en aquella época tuvieron una temporada esplendorosa.

Y por hoy nada más. Estamos persuadidas de que las anteriores notas serán útiles para nuestras elegantes lectoras; a las que ya empieza a preocupar la estación venidera.

A. D'ENERY

DE AQUELLOS TIEMPOS

Soy, Señora, un galante aventurero, fué mi abuelo el famoso Casanova, y al igual que su vida, es mi crucero la iluminada estampa de una trova.

Fué en los tercios de Flandes aguerrido, amé de las mujeres el favor, y mi fe generoso he repartido entre sueños de glorias y de amor.

Y el final me he quedado triste y pobre, sin amores ni glorias y sin cobre, preso del infortunio en duro lazo.

Nada ambiciono ya, ni nada quiero. Sólo, Señora, por piedad espero reclinár mi cabeza en vuestro brazo.

ANDRÉS CASASNOVAS

TEMAS FEMENINOS

Lecturas para la mujer

¡Como nos encanta la pluma de avestruz! En los antiguos criaderos de Niza renacé la actividad. Después de tantos años de olvido tornamos a este adorno con infantil entusiasmo. Durante el otoño llevaremos plumas en los sombreros; con plumas cubriremos nuestra garganta, y hasta tejidas las veremos con lana y seda en algunos vestidos.

Busquemos pronto las que tenemos guardadas, con los objetos y los abanicos, en el cofre de sándalo. ¿Que están muy desrizadas? No importa, también así se llevan.

Para los trajes sastre de este otoño preferiremos las faldas al hilo, con dos pliegues profundos en un costado. Las chaquetas, de corte muy fe-

menino, dejan descubierto el chaleco de grueso raso blanco. Los guantes, semilargos, ocultan la parte inferior de la manga.

Se anuncia una nueva tentativa del manguito. Los preparan de todos los tamaños y de todas las formas. Admiramos una graciosa novedad: el manguito de piel de serpiente, haciendo juego con el bolso, el mango del paraguas y los zapatos.

El guante adquiere cada día mayor importancia.

En los de noche alcanza la fantasía un grado superlativo. Los hay de encaje cubiertos de strass o de redicilla de oro con incrustaciones de esmeraldas o de rubíes. Este invierno veremos muchos mitones de puntilla (¡Oh, juventud de la abuelita!) acompañando los vestidos de tul o de gasa blanca. ¡Nueva evocación del siglo pasado!

La echarpe se halla en pleno triunfo. Sutiles alas de la feminidad que se aprisionan bajo las solapas del traje sastre, aplastando las flores estampadas en el crespón, o que flotan sobre los hombros desnudos extendiendo la suave diaphanidad de la gasa, sobre la que se quiebra el brillo de la luz artificial.

REMÉE DE HERNÁNDEZ



Vestido para viaje de género de lana gruesa a cuadros

TAL COMO VIENE AL SOLDADO EN GUERRA II

Soldado de piel de acero y de corazón de roca: Oye este canto ligero que te pronuncia mi boca con amor puro y sincero.

Te he visto con la mochila y todo el equipo auestas, dentro de la misma fila, coronando agrestes cuestas con la conciencia tranquila.

Anegado de sudor. Faligado y jadeante. Trémulo por el sopor que la tierra calcinante desprende con el calor.

Cubierto de polvo y lodo, con el traje destrozado. Roto el calzado del todo. Comiendo lo que has hallado. Durmiendo de cualquier modo.

Escribiendo a madre amante. Herido en un hospital. En tu puesto vigilante. Evacuando a un oficial. Combatiendo delirante.

Y, dentro de este sufrir que origina la campaña, también he podido oír de tu boca un ¡Viva España! ¡por tu amor quiero morir!

Has tenido buen humor para gastar una broma. Has cantado con primor. Has sido el «genio» que embroma a todo tu alrededor.

Has visto que en su conjunto, honor y deber reclama. Que a defender este punto, la Patria a sus hijos llama como principal asunto.

Y sabes que halla la gloria aquel, dichoso, que cae. Que le perdura la historia. Que nuestro interés atrae. Que vive en nuestra memoria.

Que Dios premia su tributo con cantos de serafines. Que le acoge en su atributo gozando en todos confines el bienestar absoluto.

Que la Patria conmovida en su inconsolable duelo por pérdida de su vida, tiende en su cuerpo aquel velo de nuestra ensaña querida.

Que nosotros le admiramos. Que le envidiamos su suerte. Que un templo le levantamos. Que somos ante su muerte, tumba que le cobijamos.

Que su padre carifoso postrado ante Dios de hinojos, le pide dulce reposo con lágrimas en los ojos y el acento doloroso.

Y su madre le bendice con corazón enlutado, y a Dios y a la Virgen dice que cobije a su hijo amado y en su seno le eternice.

SATURNINO SÁEZ



Abriego de género grueso, adornado con recortes

Lo que es una mujer chic

La lengua francesa tiene palabras no solo in traducibles, sino también indefinibles; una de éstas es la palabra «chic».

Tan breve, que apenas es un sonido, basta, sin embargo, para indicar una idea completa.

Se puede ser elegante, lujosa, bella, y no ser «chic», y en cambio se puede poseer ese algo indefinible que denomina la expresión francesa, sin ser hermosa, ni elegante, ni rica.

Es posible llevar un vestido muy usado y hasta pasado de moda y no obstante tener ese algo único, inclasificable que sólo puede indicarse con la mencionada palabrita que ponemos entre comillas.

¿Qué es cosa? ¿Dónde está? ¿Cuál o cuáles son los detalles que lo forman? Indecible; no significa en ningún detalle, y, no obstante, son los rodea a la mujer, como una aureola de perfume, que no se palpa ni se ve sino que se aspira. Vemos avanzar desde lejos una silueta femenina, no podemos percibir los detalles de su «toilette»; pero desde luego sabemos que se trata de una mujer «chic». Se acerca; no es bella, hasta tiego de la primavera de la vida; pero hay en su semstraje es pobre, indica que ha sido trasformado; se nota que lleva ya algún tiempo de uso diario; pero hay en todo cierta frescura, como esos rostros de mujeres jóvenes circundados de cabellos blancos; hay en ese traje pequeños detalles, al parecer insignificantes; pero que denotan la espiritualidad de la mujer que lo lleva; ya sea la flor de la solapa, la puntilla del pañuelo, una hebilla, un broche, en fin, cualquier cosa, que pudimos percibir a la distancia; pero que caracteriza de tal modo toda la «toilette» que a pesar de no haber distinguido esos detalles desde lejos, sentimos la sensación de que esa era una mujer «chic».

PENSAMIENTOS

Hay padres que les afrenta y perjudica que su hijo se case con una muchacha pobre porque esperaban casarlo con una rica heredera; esas que llega a tanto su absolutismo de padres egoístas y comerciales, que hasta la felicidad de sus hijos se les antoja una cotización ordinaria de Bolsa. —En la vida siempre nos fundamos en la experiencia, porque todo lo que ha sucedido está escrito en el libro de los demás; así nos ahorramos de calificar nuestros actos y de escribir nuestro libro.

EN EL TOCADOR

Los granos pertinaces demandan un depurativo de la sangre.

Es prudente hacerse examinar por el médico a fin de determinarlos.

Como medio auxiliar conviene locionarlos con agua caliente y alcohol alcanforado, untándolos de noche con esta pomada:

- Acido bórico, 6 gramos.
Oxido de zinc, 20 id.
Almidón en polvo, 20 id.
Vaselina, 40 id.

T.B.O. SEMANARIO INFANTIL. Ocho páginas de amena lectura con profusión de grabados. Historietas - Cuentos - Chascarrillos. Precio: 0'10 pesetas. Vendese en Mahón en la Librería de Manuel Sintés Rotger, Plaza del Príncipe, 17.

FOLLETÍN DE EL BIEN PÚBLICO

EL HADA ALEGRÍA

POR RAFAEL PÉREZ Y PÉREZ

(19)

regía, se entregaron durante unos minutos al placer de reposar en silencio. El Conde de Fenollar miraba con simpatía al doctor, que se entretenía en acariciar al perro. En los ojos brillantes del joven se podía leer sin esfuerzo la gratitud que sentía hacia el buen amigo que atenúa sus dolores y le distraía de sus murrias. El silencio, cuando lo comparten dos almas que se entienden, tiene algo de elocuente y así, Manuel Ardieta y Fernando Cortezo se hablaban en la mudez de aquel instante. El mágico encanto fué roto por la voz de la señora de Róspide. —Doctor, voy a darle a usted una alegría.

—¿De veras...?—murmuró un poco desconcertado el médico lanzando penetrantes miradas al plieguecillo blanco que sostenía la mano perfecta de

Pilar—. ¡Pronto, querida señora! Hace tiempo que las buenas impresiones me dijeron adiós y los días se me pasan insulsos e iguales en una tonta monotonía.

—Apuesto lo que usted quiera a que el corazón le da un salto si le digo lo que me escriben en esta cartita.

Ardieta miraba a la señora de Róspide con un aire entre confuso y alegre, en espera de la sabrosa nueva prometida. Fernando, lleno de creciente interés, se había incorporado un poco.

—Mamá, sé buena; no atormentes al doctor—suplicó.

Con una deliciosa sonrisa en su boca de diosa, la dama dijo mirando fijamente al médico:

—Adivine usted, Ardieta. Diga un nombre; un nombre a cuyo sonido el día negro de hoy adquiere para usted claridades insospechadas, un nombre que derrame torrentes de armonía en el desconcierto que nos rodea; un nombre que, al ser pronunciado, abra ante sus ojos un horizonte de esplendor, de vida, de felicidad... El doctor Ardieta había ido perdiendo el color conforme las palabras de

Pilar caían sobre él como rocío de esperanzas, y al terminar, ante la mirada asombradísima de Fernando y la sonrisa atrayente de su madre, respondió lentamente, con el acento un si es no es alterado.

—Me ha hablado usted en lenguaje poético y florido; yo no podré contestarle igual, porque me siento en este instante muy alejado de las musas. Pero le diré a usted sencillamente, que no hay más que un nombre en el mundo que sea capaz de causar en mi ánimo semejante revolución... ¡Gloria...!

—¿Gloria...?

Era la voz de Fernando Cortezo la que inquiría, más emocionada, más temblorosa, que la del mismo Ardieta. Quizás un presentimiento celoso y alborotador le alteró el alma. Tal vez una impresión extraña, indefinible, que le recorrió la sangre en un escalofrío, le hizo estremecerse al oír aquel hermoso nombre de mujer.

—Gloria, sí, Gloria Róspide—contestó brevemente el doctor.

—¡Gloria Róspide...!—murmuró suspirando el Conde de Fenollar.

Y mientras rutilaba entristecido el nombre luminoso de la enemiga que

venía a robarle la primacía del afecto en el corazón de todos los que amaba, el médico, entusiasmado y alegre, se deshacía en consideraciones sobre la señorita de Róspide.

—Verdaderamente, es ella la única mujer capaz de conmovirme. ¡Gloria...! Es decir, la vida, la dicha, el gozo del amor... Perdónenme ustedes. Soy un iluso... ¡Bah! Una mujer como ella... Me despedí en la creencia de que no la volvería a ver más; pero que olvidarla poco a poco... Es preciso desecher estos sueños locos de mocedad, ¿verdad, señora?

—¿Locos, por qué...?—preguntó el Conde levantando bruscamente extrañado la cabeza al oír la última frase, que revelaba en el médico una adoración ciega hacia Gloria Róspide.

—¿Y usted me pregunta por qué? Preciso es que no conozca a Gloria Róspide.

—No, no la conozco, ni puedo formarme una idea aproximada de como será, pero le conozco a usted, doctor; sé que es usted joven, guapo, elegante, distinguido, muy bueno; que posee una buena fortuna y le esperan triunfos brillantes en el ejercicio de su ca-

rrera; que es usted modelo de hidalguía y caballerosidad, y estoy seguro de que una mujer de corazón se juzgaría muy feliz con llegar a ser amada por un hombre así.

El elogio ardiente y apasionado del enfermo, en el fondo del cual vibraban mezclados el entusiasmo por el amigo y algo de rencor y de resentimiento por los elogios tributados a la enemiga, esbozó una sonrisa en los labios de la señora de Róspide.

—Gracias, Conde—dijo Ardieta.—Las alabanzas de usted son sinceras, aunque innecesarias; pero las acepto agradecido y vuelvo a repetirle que no conoce usted a Gloria Róspide.

—¿Es acaso esa mujer algún portento?—preguntó con cierta irritación celosa el Conde de Fenollar.

—¿Portento...? No; es la mujer más humanamente hermosa que he visto en mi vida (y cuento que he visto muchas). Sobre su belleza física deslumbrante tiene para mí, que soy un empedernido espiritualista, el grandísimo atractivo de poseer un alma bella cuyos nobles arranques le dejarán asombrado el día que la conozca, un corazón afectuoso, sencillo, leal, sensible